
D. 21 del tiempo ordinario / C

El domingo pasado celebrábamos la Asunción de la Virgen María, que nos recordaba que ella ha sido la primera salvada en plenitud por la muerte y resurrección de su Hijo. Y hoy, en el evangelio, con el deseo de que todos podamos llegar un día a participar de la misma suerte de María, Jesús nos describirá el camino para alcanzar ese premio eterno, al responder a la pregunta: “¿Serán pocos los que se salven?”.

*** SALVACIÓN OFRECIDA A TODOS**

La universalidad de la salvación es el tema que destaca en la primera lectura. Isaías, de modo muy optimista, profetiza una restauración universal que afectará no sólo al pueblo elegido, Israel, sino a todas las naciones de la tierra: “Vendré para reunir a las naciones de toda lengua”.

Esto tiene una consecuencia importante: se debe anunciar a todas las gentes la salvación que Dios ofrece; una salvación que es fruto de su misericordia con nosotros y de su fidelidad eterna (cf. salmo responsorial) y cuyo vértice está situado en la muerte de Cristo, tal y como nos recuerda la oración sobre las ofrendas: “por el único sacrificio de Cristo, tu Unigénito, te has adquirido, Señor, un pueblo de hijos”. Así, el salmo responsorial nos invita a extender por toda la tierra esta Buena Noticia: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio”. De modo que puedan alabarle todas las naciones y aclamarlo todos los pueblos (cf. salmo responsorial).

En este contexto podría ser bueno utilizar la plegaria eucarística cuarta que, por una parte, hace un rápido recorrido a lo largo de la historia de la salvación de modo que traemos a la memoria todo lo que Dios ha hecho para llevar a cabo su plan salvífico y, por otra parte, pone en la presencia de Dios no sólo a los hijos de la Iglesia sino a todos los hombres, como dice el texto latino del Gloria, *bonae voluntatis* (“acuérdate ... de tu servidor el papa ... de nuestro obispo ... del orden episcopal y de los presbíteros y diáconos, de los oferentes y de los aquí reunidos, de todo tu pueblo santo y de aquellos que te buscan con sincero corazón”).

*** EL HOMBRE LIBRE PARA ACOGER LA SALVACIÓN**

Es cierto que Dios ofrece a todos la salvación, pero esto no significa que nos imponga la salvación. El ser humano es libre de acoger ese inmenso don que

Dios le hace y que transforma cualitativamente su vida. En el año 2006, en la carta circular enviada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos a las Conferencias Episcopales, respecto a la traducción del “*pro multis*” de la fórmula de consagración de la Preciosa Sangre en la misa, se ahondaba en esta idea: “La expresión *por muchos* ... refleja el hecho de que esta salvación no se ha realizado de forma mecánica, sin la voluntad y participación de cada uno; sino que el creyente es invitado a aceptar el don que se le ofrece y recibir la vida sobrenatural que se da a los que participan en este misterio, viviendo en conformidad con él, de tal manera que pueda ser contado entre los *muchos* a los que el texto se refiere”.

* ¿CÓMO SE ACOGE LA SALVACIÓN?

Jesús en el evangelio nos indica cuál es el camino para salvarse: “Esforzaos por entrar por la puerta estrecha”. Jesús no quiere engañarnos. No basta simplemente con creer de palabra y de corazón. O dicho de otra manera: no es suficiente con ir a misa los domingos y llamarse “cristiano”. El propio Jesús en el evangelio dice que serán rechazados aquellos que hacen gala de haber estado con él: “hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas”; “no sé quiénes sois, alejaos de mí”. No basta con ser hijos de Abrahán.

Hay que ir más allá. Hay que demostrarlo con las obras. De modo que “el amor a sus preceptos y la esperanza en sus promesas” que pedimos en la oración colecta deben ir acompañados de frutos de buenas obras, para que “en todo sepamos agradecerle” (oración después de la comunión).

Conocemos la pregunta del examen final: seremos examinados del amor, de lo que hicimos al prójimo (cf. Mt 25, 31-46). Por tanto sabemos cómo hay que obrar. Y debemos reprender a quienes se apartan de la senda correcta, por una parte, y, por otra, acoger las correcciones que nos hagan cuando nosotros mismos nos desviemos de una vida honrada y en paz (cf. segunda lectura). Habrá que poner especial interés en “fortalecer las manos débiles, robustecer las rodillas vacilantes y caminar por una senda llana” (segunda lectura).

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI